

de las apariencias¹ que se aleja de nosotros, que se desvanece cual ligera sombra; sino porque será preciso despedirse para siempre del Dios sacramentado, á quien ya no se volverá á contemplar, y de cuyas delicias no volverá á gustar. Pero ¿qué importa que las sombras se disipen, cuando va á rayar la luz en toda su esplendorosa claridad? No volveréis á gustar las dulzuras de la Eucaristía, es verdad; pero en cambio volaréis á embriagaros en el torrente de la felicidad, en el banquete de la gloria²; beberéis del nuevo retoño de la vid en el reino del Padre. No diréis ya: *Tomaré el cáliz de salvación é invocaré el nombre del Señor*³; pero entonces, en cambio, el cántico de eterna libertad, diciendo: *Rompiéronse, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré la hostia de alabanza*⁴. ¡Qué dulce y deleitoso pensamiento!

15. Así es cómo la divina Eucaristía, que embellece los primeros días de nuestra juventud⁵, alegra también los postreros momentos de nuestra existencia, como el astro que se oculta á nuestros ojos entre rubios cortinajes de oro y grana, prometiéndonos apresurar su carrera para tornar á visitarnos. La Eucaristía es prenda de vida perdurable y gloriosa⁶. La gloria no es sino la consumación de la vida empezada en la mesa eucarística. Por eso, de la comunión brotan los deseos inflamados de las almas que suspiran por el cielo. ¿Cuándo lucirá el día sin noche, de la eternidad? ¿Cuándo amanecerá el sol divino para no ocultarse jamás? ¡Oh sol de mi Jesús sacramentado, que, á través de nubes y

¹ I Cor. 7, 31.² Matth. 26, 29.³ Ps. 115, 13.⁴ Ps. 115, 16.⁵ Ps. 42, 4.⁶ *Futuræ gloriæ nobis pignus datur* (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

sombras misteriosas te dejas ver tan grande y tan hermoso, véante mis ojos sin velo en el cenit de la bienaventuranza! ¡Oh fuente de vida y centro de atracción de todos los vivientes, viva yo por ti la vida interminable y perfecta! ¡Oh Sol Eucarístico! ¡Alegra con tu luz los sombríos momentos de mi ocaso, y, después de la pasajera penumbra de la muerte, alumbrame en el día siempre claro de la feliz eternidad! Así sea.

SERMÓN CUARTO

(predicado en la iglesia de la Veracruz de Bogotá, 1885).

El hombre, tabernáculo de Dios por la sagrada Eucaristía.

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, habitabit cum eis.

He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, donde habitará con ellos.

Apoc. 21, 3.

1. Una de las ideas más grandiosas y, por lo mismo, más adecuadas para formar concepto de Dios, es la de su inmensidad. ¿Quién será capaz de comprender con su flaca y estrecha inteligencia aquel Ser que los cielos y la tierra con toda su capacidad, al parecer infinita, no son bastantes á encerrar?¹ Y ¿qué concepto más digno de Dios que el de su incomprensibilidad? ¿De qué modo mejor puede el gusanillo de la tierra reconocer cuán grande es el Señor, que advirtiendo cuán pequeño es él mismo para comprenderlo? De ahí nacen aquellos afectos con que tan dignamente se honra y acata la majestad del Ser divino, cuales son la admiración

¹ 2 Par. 6, 18.

y el asombro, el anonadamiento voluntario, la acción de gracias por la bondad del que, siendo tan grande, se digna abajarse hasta nosotros y aceptar las ofrendas de nuestra pequeñez. Penetrada de este pensamiento, como acaso otra ninguna, la vasta inteligencia del gran Rey de la paz, el dichoso Salomón, cuando se entregaba con todo su pueblo al regocijo de la dedicación del templo, maravilla de la historia, no podía contener estas expansiones de su afecto: *¿Es posible creer que Dios habite con los hombres sobre la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerle, ¿cuánto menos lo podrá esta casa que yo he edificado?*¹ Por eso el Profeta Baruch, elevándose de la vista del templo á la consideración del universo, exclamaba delante del pueblo escogido: *¡Oh Israel! ¡qué grande es la casa de Dios, y qué espacioso el lugar de su posesión! Grande es, ciertamente; como que no tiene límites, excelso é inmenso*². El universo entero con toda su amplitud, el firmamento con sus espacios imaginarios, la creación visible é invisible, tal es la habitación, el templo, el tabernáculo del Criador. Y todavía viene estrecho á la grandeza del Dueño, á quien todos los mundos posibles, si se realizasen, no contendrían tampoco plenamente.

2. ¿Cuál es, pues, la medida de ese Ser sin medida? ¿Quién podrá contenerlo en toda su magnitud? Ninguno otro que Él mismo: sólo Dios contiene á Dios, porque sólo Él se iguala á sí. Admiremos, hermanos míos, adoremos en el silencio de nuestra admiración la grandeza del Dios incomprensible. Y, á pesar de ser tal por su naturaleza, se deja comprender por efecto de su bondad. ¡Tánto ha amado á sus criaturas, que ha querido habitar

¹ Ubi supra.

² Bar. 3, 24. 25.

no sólo con ellas, sino dentro de ellas mismas! *Y habitarás en ellos*¹, decía el Profeta, *y ellos se alegrarán eternamente. En el santo habitas, oh gloria de Israel*, decía el mismo². Escogió una criatura singular, una mujer, para honrarla con la participación de los más altos misterios, con la habitación personal de su Verbo en las entrañas de esa Virgen Madre, de modo que esa criatura única ha podido afirmar con verdad: *El que me crió, descansó en mi tabernáculo*³; yo he sido durante nueve meses el tabernáculo de mi Criador. ¡Incomparable honra de criatura! ¡Insondable abismo de bondad del Criador!

3. Pero ¿creeréis, cristianos, que aquí empiezan y terminan las misericordias de nuestro buen Dios? ¡Ah! que María (pronunciamos el nombre sagrado de la mujer por excelencia), que María haya sido templo y morada de la Divinidad, por más que sea un misterio, alcanzo, no obstante, á explicármelo, habiendo sido preparada al efecto por la mano misma del Criador, que la adornó con infinitas galas de pureza y santidad. Pero que el hombre vil, el pobre vaso de barro y de ignominia, sea levantado también al honor de servir de tabernáculo y trono de la inefable Majestad, esto sí que excede todo alcance humano, y me resistiría á creerlo, si Dios mismo no me lo dijera claramente. *¿No sabéis*, decía el Apóstol á los primeros fieles, *que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios, el cual está en vosotros?*⁴ He aquí, hermanos míos, una de las grandes y encantadoras maravillas de la adorable Eucaristía: en ella y por ella hácese el hombre

¹ Ps. 5, 12.

² Ps. 21, 4.

³ Eccli. 24, 12.

⁴ 1 Cor. 6, 19.

verdadero tabernáculo de Dios. Tal es la proposición que desarrollaré en este discurso. Para llegar á mi objeto, empezaré por hacerlos ver que el hombre, así en el orden natural como en el sobrenatural, está destinado á ser tabernáculo de Dios; y luego veréis cómo en la Eucaristía se realiza con toda propiedad y perfección ese dichoso destino. *Ave María.*

I.

4. Desde luego llama mi atención, hermanos míos, la ley de coexistencia íntima que observo en todas las esferas de la creación corpórea, ó sea, el fenómeno de existir unos cuerpos dentro de los límites de otros. Pues ¿qué otra cosa es el espacio, que á nuestra imaginación y aun á nuestros ojos se ofrece á modo de inmenso receptáculo, donde flotan los cuerpos ó se sitúan en arreglado concierto, ocupando cada uno el sitio que le está señalado por la mano del Criador? *Del Señor es la tierra*, exclamaba el Rey-profeta¹; *y su plenitud, el orbe de las tierras y todos los seres que habitan en él.* Llena está, pues, la tierra, llenos los ámbitos del universo de criaturas que los pueblan. El mundo no es otra cosa que un vasto y magnífico tabernáculo. Pero hay todavía otra cosa más notable, y es que no sólo unos cuerpos habitan dentro de otros cuerpos, la materia en la materia, sino también dentro de la materia el espíritu, el alma dentro del cuerpo. Resulta, pues, que el cuerpo humano viene á ser el tabernáculo del alma racional. Por eso escribía el Apóstol San Pedro, hablando de su muerte ya cercana: *Bien pronto voy á deponer mi tabernáculo*²; y San Pablo á

¹ Ps. 23, 1.² 2 Petr. 1, 14.

los corintios: *Si nuestra casa terrena se disuelve y desbarata, tenemos otra edificada por Dios en el cielo*¹. ¿Qué extraño, pues, que, subiendo por una especie de inducción de menor á mayor, lleguemos á inferir que el alma del hombre es también tabernáculo; no ya de otro espíritu criado, sino del mismo Dios? ¿Se dirá tal vez que es demasiado pequeño y demasiado vil y miserable ese recinto para que Dios pueda habitarlo? Pero ¿no es también harto bajo y vil el cuerpo fabricado, aunque con arte admirable, *del limo de la tierra*², para servir de habitación á un ser tan noble como el espíritu, hecho á imagen y semejanza del que es espíritu puro³?... No, no es indigno del Criador habitar, como en propio tabernáculo, en el seno de su criatura, y menos de su criatura racional.

5. En efecto, ya sea que consideremos la natural destinación del alma, ya la naturaleza del mismo Dios, fácilmente nos convenceremos de que el hombre, aun en el simple orden natural, está destinado para ser tabernáculo de su Criador. *El que me crió, descansó en mi tabernáculo*⁴. ¿Cuál es, si no, el destino del alma humana, según la natural condición de las potencias de que está dotada? ¿Es otro, por ventura, que poseer el Bien, único elemento que las perfecciona, el Bien propio de la razón y de la voluntad, la verdad y el orden? Y no ya una partícula de Bien, sino el Bien en sí mismo, el Bien infinito, inmutable, pues no con menos se satisface la ingénita ambición de nuestro espíritu ni se apaga el hambre y sed de lo divino que abrasa y con-

¹ 2 Cor. 5, 1. — Eccl. in præfat. Missæ pro defunctis.² De limo terræ (Gen. 2, 7).³ Gen. 1, 26.⁴ Eccl. 24, 12.

sume nuestro corazón, el cual Bien no es otra cosa que Dios mismo, verdad suma, orden esencial, felicidad inagotable. ¡Dios mío y todas mis cosas! ¿Qué más quiero ni qué mayor felicidad puedo desear?¹ Si esto es así, no hay que dudar de que el fin y destino esencial de nuestra alma es poseer á Dios, habitar en Él, y que Él habite y more en ella eternamente. *Y el mismo Dios habitará con ellos, y será el Dios de ellos*². Y lo que ha de ser en el término de nuestra existencia, ¿no podrá ser también en alguna manera, siquiera imperfecta y rudimentaria, durante la carrera de nuestra peregrinación?

6. Así lo deja entender más claramente la consideración del Ser divino en sus necesarias relaciones de Criador, Conservador y Ordenador de todas sus criaturas. Dios debía habitar el universo que, por un rasgo de bondad, había sacado de la nada. Porque, si bien Aquel que es en sí mismo su propia habitación y no mora en edificios construídos por manos³ de hombres, no tenía necesidad de construirse palacios fuera de sí mismo; y, por otra parte, de habitar en alguno, éste no parece que podía ser otro que el cielo, según dice el Profeta: *El cielo del cielo para el Señor; y la tierra dióselo á los hijos de los hombres*⁴: sin embargo, Aquel que sostiene con tres dedos de su mano la máquina del universo⁵ para que no rueda en el abismo de la nada de donde salió por un acto del querer divino, no puede concebirse que abandonase las criaturas que formó y que sin su presencia no podrían conservarse, dejándolas

¹ Imit. Christi l. 3. — Rom. 11, 36.

² Apoc. 21, 3. ³ Act. 7, 48. ⁴ Ps. 113, 16.

⁵ Is. 40, 12.

como casas desdeñadas por sus dueños ó cabañas desiertas de pastores¹. Y ¿no dice terminantemente el Real Profeta: *En el sol puso Dios su tabernáculo*²? Y el mismo Dios ¿no dice: *Acaso no lleno yo el cielo y la tierra*³? Llenos, pues, están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria⁴. Sí, la tierra, que, si no su trono, es á lo menos la peana de sus pies⁵. Ahora bien, el que habita en los cielos y en la tierra ¿desdeñará por ventura la habitación que le ofrece el hombre, su criatura racional, á quien *constituyó soberano de la creación visible*⁶, no siendo su gloria sino poco menos que la de los mismos ángeles? No por cierto, hermanos míos; y es así verdad que en todo el universo corpóreo no hay habitación más digna del Criador que el hombre, en quien está Dios por todos los modos con que se dice estar en las criaturas, pero por excelente y singular manera.

7. Está Dios en las criaturas por esencia, presencia y potencia, como discurren los filósofos y teólogos⁷, dándoles á todas el ser que tienen, conociéndolas íntimamente y dotándolas de la fuerza con que obran sus operaciones propias: triple modo de presencia con que Dios habita en todas las obras de sus manos. Acerca de lo cual dice un profundo y piadoso escritor⁸: «La misma sustancia de Dios real y verdaderamente está en todas las criaturas, mucho más íntimamente que está el alma dentro de su cuerpo... Ni hay rincón tan escondido ni profundo donde no esté toda su divinidad.» Si de esta manera tan admirable y magnífica habita el Ser divino en todas las criaturas, por viles que sean, ¿cómo

¹ Is. 38, 12. ² Ps. 18, 6. ³ Jer. 23, 24.

⁴ Eccl. in Missa. ⁵ Matth. 5, 35. ⁶ Ps. 8, 6.

⁷ S. Thom., S. th. 1, q. 8.

⁸ La Puente, Guía espir. tom. I, tr. 1, cap. 6.

no habitará en el hombre, cuya esencia racional le hace más noble que todas las visibles y corpóreas? Porque, si la razón de estar Dios en todas las criaturas es la participación que éstas tienen del ser divino, parece inferirse que allí estará Dios en modo más excelente donde la participación de su ser y perfecciones sea mayor, como sucede en las criaturas espirituales. «Está también, continúa el mismo autor, en todas las cosas por presencia, porque clara y distintamente las conoce, porque (como dicen los Proverbios) *en todo lugar sus clarísimos ojos están contemplando á los buenos y á los malos*, y escudriñando los corazones de todos.» He ahí, pues, una razón especial para habitar Dios en el hombre, como en sujeto de pensamientos y afectos más escondidos en lo íntimo de su ser que el oro y los diamantes en las entrañas de la tierra. Finalmente «está Dios en todas las cosas por potencia, porque á todas da el ser que tienen y las potencias con que obran, y con todas concurre á las obras que hacen, porque, como dijo el Apóstol¹, *en Él somos, vivimos y nos movemos....* Y así puedo llamar á Dios: Ser de mi ser, alma de mi alma, vida de mi vida, potencia de mis potencias, obra de mis obras, Dios mío y todas mis cosas». Así es como Dios, ser por esencia, vida verdadera, inteligencia infinita, fuerza suprema y principio y alma de toda operación y movimiento, habita de un modo más lleno y más perfecto (si así puede llamarse la manifestación más clara de su presencia) en el ser que vive con vida racional, que entiende y quiere con infinita variedad de actos, que se mueve con más velocidad y energía que los cuerpos celestes, y mueve el cuerpo á que está unido.

¹ Act. 17, 28.

Tal es el hombre, tabernáculo de Dios en el orden natural.

8. Y esto, considerado el hombre solamente como ser físico, y no en su calidad de ser moral. Porque el hombre, ya sea obrando bien y conforme á la ley, ya infringiendo ésta y abusando torpemente de sus potencias y sentidos para obrar mal y hacer guerra al mismo ser que le sustenta y le lleva en el seno de su inmensidad, es siempre habitación de Dios, al modo que lo son todas las demás criaturas, sólo por ser tales, y ser Dios quien es. Pero ¡oh! ¡qué horror no debe causarnos, hermanos míos, la idea demasiado terrible de ser, por el abuso de nuestro albedrío, indigna y hasta inmunda habitación del Ser tres veces santo! Pues ¡qué diremos del descaro y frenesí con que el hombre, lleno de Dios en su esencia y en sus facultades, más que lo está de líquido la esponja empapada en él, se atreve á dar cabida en su corazón al monstruo feo del pecado, y aun á entronizar en el solio divino al tirano infernal con su cortejo de vicios repugnantes! ¿No es esto profanar, con horrible sacrilegio, el santuario de Dios?¹

9. Que si miramos al hombre, ennoblecido con la presencia de Dios, obrando de acuerdo con lo que exige la ley de su Criador y su propio interés y dignidad, esto es, practicando la virtud, ¿quién duda sino que por este título debe considerarse no indigno tabernáculo del Dios de las virtudes, del *que habita en el lugar santo*²? Pero este modo excelentísimo de habitar Dios en el hombre nos convida á considerar el asunto en un orden

¹ Profanasti in terra sanctuarium eius (Ps. 88, 40).

² In sancto habitas (Ps. 21, 4).